

Históricas Digital

“Preliminar”

p. 7-12

Josefina García Quintana y José Rubén Romero Galván

México Tenochtitlan y su problemática lacustre

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto Investigaciones Históricas

1978

134 p.

Figuras

(Cuadernos Serie Histórica 21)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/061/tenochtitlan_lacustre.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRELIMINAR

Cuando los castellanos descendieron de la Sierra Nevada se dirigieron a Ayotzinco; esto sucedió en un día seis de noviembre del año de 1519. Pasaron por Cuitláhuac, pasaron por Iztapalapa, pasaron por Mexicaltzinco. Llegaron a Tenochtitlan y allí se aposentaron, precisamente en las casas del rey Axayacatzin. Sólo estuvieron tranquilos un poco, en seguida subieron al templo allá en Tlatelolco; quisieron verlo todo por sí mismos.

Y allí vieron, allí contemplaron desde aquella altura, la gran ciudad de México; su ávidos ojos abarcaron la extensión del agua; las poblaciones asentadas en la orilla de los lagos; las calzadas, la multitud de canoas, las calles de tierra y agua. Todo lo vieron y el corazón se les colmó de gozo. . .

Año y medio más tarde los mismos hombres de Castilla, que habían salido expulsados de Tenochtitlan, regresaron. Rodearon, asediaron a Tenochtitlan; echaron sus embarcaciones en la laguna y ya nadie pudo entrar, ninguno salió de la ciudad. El hambre encogió las entrañas, se abrasaron de sed los labios de todos.

Y en un día, el treceno del mes de agosto en el año de 1521, la conquistaron, la arrasaron. Todo lo destruyeron; allí y entonces pereció por



completo la ciudad de los tenochcas. Murieron los valientes guerreros, murieron las mujeres —aun las preñadas— también los niños vinieron a acabarse. Sus cuerpos cegaron las acequias. Hubo mortandad de ambas partes.

Unos cuantos aún vivieron y fueron obligados, se les ordenó construir la nueva ciudad. Su nombre fue también México. Cuando ya había otra ley, cuando los españoles habitaron sus casas, los vencidos fueron a vivir alrededor; en las afueras construyeron sus jacales.

Empero, como había acaecido en los tiempos antiguos, otra vez hubo inundación. Durante cuatro días sólo se pudo andar en canoas y los muros se derrumbaron. Apenas habían pasado treinta y cuatro años después de la derrota. . .

Como sacado de una vieja relación indígena contemporánea de la Conquista de México, pero desde luego inexistente, todo lo dicho arriba es conforme a la verdad y nos coloca en pocas palabras, haciendo caso omiso del lento transcurrir del tiempo, frente a una serie de hechos interesantes.

En la supuesta “relación” nos hemos referido a varias cosas: a una ciudad edificada en medio del agua que nos sugiere las ventajas y desventajas que esto implicaba; a las calzadas que conducían a ella desde la tierra firme; a la extraña conformación de sus calles; a la comunicación por



medio de canoas; y al viejo problema que hubieron de soportar sus habitantes, o sea el de las inundaciones, y que se prolongó aún después de que la ciudad fue transformada por los españoles.

Naturalmente no fue aquella calamidad la única que acosó a los antiguos mexicanos, aunque sí la más impresionante por los devastadores efectos inmediatos que acarreaba. La abundancia de agua que por ríos y vertientes llegaba a los lagos, implicaba el peligro constante de anegar las poblaciones, tomando en cuenta el desigual nivel de aquéllos y la falta de una salida suficiente en la cuenca. Pero también sufrieron sequías en periodos de escasa precipitación pluvial y tuvieron que resolver el problema del abastecimiento de agua potable, y de regadío, pues la que los rodeaba no era propia para ello por ser salada.

Dentro de los términos “problemática hidráulica de Tenochtitlan” pueden en realidad caber no sólo los aspectos mencionados, sino algunos más como es el caso de las comunicaciones, actividades y comercio acuáticos; la agricultura de chinampas; la construcción de obras suntuarias —jardines y albercas—; el tributo como una forma de dominio de los lagos, etcétera.

El propósito de este trabajo es presentar en la forma más clara posible estos problemas que, por su situación lacustre, enfrentaron los habitan-



tes de Tenochtitlan, y las soluciones que a ellos dieron con los medios de que disponían.

Como es lógico suponer, todo deberá estar inscrito en un marco temporal y geográfico, pues sin este contexto el resultado sería una árida e incomprensible exposición de datos inconexos.

Respecto a la situación y conformación del lugar donde se realizaron las obras de dominio sobre los lagos en la época prehispánica, será poco lo que tengamos que decir pues un trabajo especialmente dedicado a ello precede a éste. Todo lo que atañe a la descripción de la Cuenca de México y sus alrededores, a las vertientes, a los ríos, a la disposición misma de los lagos, a los regímenes pluviométricos y ciclos climáticos, no es de nuestra incumbencia tocarlo; pero haremos referencia a ello cuando sea necesario.

En cambio sí es obligado que hagamos un examen de los hechos históricos del pueblo que construyó aquellas obras, de sus orígenes y desarrollo y de las interrelaciones que tuvo con los otros pueblos lacustres de la Cuenca. Que expliquemos, en fin, las causas del esplendor al que había llegado en los momentos en que los castellanos lo conquistaron.

Así, a *grosso modo*, la primera parte tratará de los orígenes, tanto de la cultura mexicana, como de la que habían desarrollado los pueblos asen-



tados en el Valle antes de que ellos llegaran. Nos referiremos, pues, a la relación del hombre con los lagos desde los tiempos más antiguos y a la experiencia en materia hidráulica que habían acumulado en el transcurso de siglos. Después habremos de examinar a los mexicas durante su peregrinación.

La segunda parte comprenderá una revisión de la vida lacustre de los mexicanos y de su adaptabilidad al medio durante los primeros años de su estancia en éste. Seguiremos, en lo posible, un orden cronológico desde la fundación de Tenochtitlan hasta el momento en que se liberan del yugo al que los habían sometido los tepanecas de Azcapotzalco.

Finalmente, dedicaremos la tercera parte a las grandes obras hidráulicas que realizaron, en la época ya de su esplendor, para dominar los lagos y obtener de ellos las máximas ventajas. En este último punto será donde con más detenimiento se hablará de los diques y calzadas; acueductos, puentes y compuertas; acequias y desembarcaderos; albercas, estanques y represas.

Como aspecto adyacente pero no secundario habremos de hacer alusión a la religión y ceremonial estrechamente relacionados con el agua.

Este trabajo no pretende de ninguna manera decir la última palabra en relación a la problemática hidráulica de Tenochtitlan. Solamente abri-



ga la intención de reunir los datos asequibles hasta el momento, para dar una visión muy general del asunto.

Un grupo de investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia está dedicado actualmente a estudiar con cuidado estos aspectos de la civilización mexicana. Producto de sus investigaciones son algunas obras ya publicadas y que hemos tomado en cuenta al elaborar esta monografía.¹ En mayor grado hemos acudido también a las fuentes, hispanas o indígenas, que se refieren en determinados lugares a la materia que a continuación se expondrá.

1 Seminario de Etnohistoria del Valle de México, del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Las publicaciones aparecen en la bibliografía consultada.